

CAPÍTULO X.

COLÓN ANTE LA CORTE.

DEL Puerto, por las cartas de La Cerda favorecido, y mucho, Colón debió dirigirse á Sevilla, y de Sevilla, donde no le faltarían sus habituales favorecedores, el rico Berardi, amén de los influyentes hermanos Giraldinis, debió dirigirse á Córdoba. El tiempo corría bajo los pies del descubridor, llevándose poco á poco la vida, sí, aquella vida con un grande objeto, pero sin logros, y en las cerrazones de los horizontes ¡ay! sin esperanzas. Los años, acumulándose, le habían encanecido ya la cabellera, siquier no le hubiesen mermado las fuerzas, ni las fuerzas físicas, ni las fuerzas intelectuales, ni las fuerzas morales. Por tal modo, la certeza de sus cálculos, y la evidencia de sus planes, y la exactitud matemática de todo cuanto se prometía le sustentaban que, doliéndose muchas veces de sus afecciones, de sus tristezas, de sus rabias provinientes del despecho engendrado por el desengaño, nunca se dolía de achaques ni desperfectos en su robusta salud material. El espíritu y las creencias del espíritu mantenían los nervios muy acerados, aunque remontadísimos; y el vigor de los nervios, combinándose con una buena circulación de la sangre y ordenadas segregaciones del hígado, le mantenían sano y robusto como á los mareantes, curtidos por la sal batida

del viento, amarga y acre, pero adobo fortísimo de la piel y jugo vivificador de los poros. No puede saberse cuánto la persuasión de un ministerio divino sostiene al cuerpo abstraído de los homicidas goces viciosos como cuánto esta grande abstracción de todo lo material mantiene sana la complexión física del sabio y del profeta. Cuando Colón se partió para la corte, desahuciado por los Duques de Medinasidonia y de Medinaceli, atendido ya solamente á lo recabable del poder de los Reyes Católicos, tan embargados por múltiples atenciones, hallábase muy afligido por la desesperación; pero muy fuerte y muy robusto de salud. En el naufragio donde se ahogaba, nunca jamás perdió la voluntad firme y nunca dejó de columbrar la esperanza fija. El primero, á quien se dirigió con propósito de que le abriera las cerradas puertas del palacio de los Reyes, fué el contador Quintanilla. Hombre de cálculos y de matemáticas éste; á la continua embargado por las múltiples ocupaciones ajenas al difícil oficio suyo; de mucha ciencia económica para su tiempo, y de sumo cuidado por el enfermo y achacoso tesoro de sus Reyes, vació siempre; inclinóse á Colón desde los primeros instantes, y estas propensiones unieron el profeta de todos los idealismos con el procurador de todas las utilidades. Quintanilla, en su vivo y grande interés por el piloto, no creyó hartas las fuerzas propias al atrevido empeño, y contó con el cardenal Mendoza, en quien se reunían la riqueza y la ciencia y las artes y la política, vinculadas en aquellos poderosos magnates del Renacimiento, pudiendo así ofrecer al descubridor toda suerte de auxilios. Mendoza, el gran Cardenal, como le llamaban por antonomasia en su tiempo, acostumbrado á promover de antiguo las altas empresas en Castilla, se prendó como el Contador del plan de Colón y lo prosperó cuanto pudo. Imposible formarnos idea hoy del poder y la grandeza de todo un Arzobispo en aquel tiempo ni de la monarquía constituida por la increíble archidiócesis primada de todas las Españas.

Entraos por la catedral de Toledo y estudiad las joyas y

las riquezas del tiempo de Mendoza: os quedaréis atónitos. Los brocados con bordaduras y realces tan costosos como artísticos; los broches de las capas, muy parecidos á las joyas del Asia; las arañas y candelabros del carísimo cristal de roca, donde las luces del santuario se quiebran en arcos iris multicolores; las custodias, entre góticas y platerescas, de oro macizo puro; las reliquias, esmaltadas con toda clase de colores y esculpidas de preciosos relieves; perlas á cahices, brillantes á manera de lluvia sobre los mantos, altares colosales de plata, dicen á donde había llegado en aquel siglo la copia de riquezas allegadas por estas catedrales, en cuyo seno se concentraba la vida y desde cuyas bóvedas se irradiaban, esclareciendo y vivificando las almas, los rayos luminosos de la cristiana fe. Príncipes de la Iglesia como el cardenal Mendoza, lo mismo inauguraban las universidades que asistían al coro, y lo mismo asistían al coro que al consejo, y lo mismo al consejo que á la guerra, y lo mismo á la guerra que á las fiestas, y lo mismo á las fiestas que á todo género de varias y múltiples empresas. Cuando uno discurre por las calles de Toledo y ve monumentos como el hospital de Mendoza, cuya erección y fábrica necesitaría hoy toda la fuerza y todos los recursos de un Estado poderosísimo, quedase absorto en la contemplación de tanta maravilla. La cruz de sus cuatro naves, donde lanza el arte gótico los resplandores últimos; el crucero, coronado por su airoso cimborrio y esculpido como una joya gigantesca; los patios, en que los albores del Renacimiento se unen á los esmaltes y alharacas mudéjares; el portal plateresco, donde la piedra está como blanda cera trabajada, bajo cuyos doseletes y sobre cuyas repisas brillan las estatuas modernas animadas por el espíritu nuevo; los alicatados preciosos de las techumbres y los ricos retablos de pinturas maestras sobre los espléndidos altares, dicen bien claramente que aquel arzobispado de Toledo era, por su extensión y por su magnificencia, un verdadero imperio. Así, cuando lo regía un hombre de la inteligencia y de la voluntad recono-

cidas por todo el mundo en Mendoza, levantábase hasta frisar con el trono, rayando casi á su mismo nivel. Las gentes, por ende, llamaban á Mendoza el rey tercero de España, cual si estuviese como una persona de la trinidad en sustancia con doña Isabel y D. Fernando bajo el círculo de la corona. Y este príncipe de la Iglesia, cuando algo quería, queríalo formidablemente. Quiso fabricarse la tumba propia en vida, y escogió para ello el alto muro de la derecha, en la capilla mayor de su primada iglesia. Y como el cabildo no fuera en ello, temeroso de acabar con la preciosísima disposición de tal preciado sitio, impuso desde la eternidad el sepulcro donde hoy duerme aún el sueño de la muerte. Un hombre tal debía, en su firmeza de voluntad y en su audacia de propósitos, arrestarse hasta el extremo de favorecer á Colón y ponerse resueltamente á su lado. Por consecuencia, como los Berardis presentaron á Medinaceli Colón; Medinaceli presentólo por cartas de solícitas recomendaciones á Quintanilla; y Quintanilla, por su parte, al cardenal Mendoza; y el cardenal Mendoza, por su parte, á los Reyes Católicos. En la desidia natural á tales tiempos y á tales gentes, nadie sabe con seguridad el día y el año en que los Reyes por vez primera con Colón hablaron; mas por deducciones sacadas con acuerdo bueno de algunas palabras de éste, créese que fuera por Enero del 87. Momento decisivo y supremo éste, así en la historia del sublime descubridor, como en la historia de los Reyes Católicos. Detengámonos á contemplarlo.

Era en Colón muy fuerte la fibra y muy grande la compostura; su actitud majestuosísima, sus ademanes contenidos; el cuerpo todo muy bien conformado; la estatura mediana y más bien alta que chica; nervudos los brazos, como remos curtidos por las olas; despiertos los nervios y á todas las emociones fáciles, siempre por ende vibrantes; el cuello gordo y los hombros anchos; carilargo el rostro y aguileña la nariz; el color tan encendido, que á rojo carmín tiraba, un poco afeado por las

peças; el mirar tan hondo y los ojos tan claros, que parecían profundidades oceánicas; la frente un cielo donde se arremolinaban arreboladas todas las ideas que discurrían por su inteligencia, y á guisa de nubes, todos los afectos que dominaban su corazón; el cabello de oro, y los labios de púrpura; todo el conjunto imperioso; con la fuerza de un mareante, unida en extraño consorcio á la irratibilidad, según ahora se dice, propia de un artista. La elocuencia fluía con espontaneidad admirable de su boca, siempre inspirada; las ideas resplandecían en su vista, siempre luminosa; los más tiernos sentimientos se mezclaban á los más varoniles en su pecho, abierto á todos los generosos afectos; la religión, profesada y creída con ardoroso entusiasmo, ofrecía y prestaba sublime vuelo á su profunda ciencia, radiante y difusiva de continuo; la estética natural á los nacidos en su tierra, se compadecía con el cálculo, y el ideal con la utilidad, y el costado sublime de todas las cosas con el costado mercantil; pues afable sin humillación, comunicativo sin garrulidad, alegre sin ligereza, grave sin pesadez, sobrio sin exageración; tan pronto al enojo como al olvido; tan dispuesto á un atropello cuando le cegaban las pasiones, como á los arrepentimientos cuando lo esclarecía la conciencia; perseverantísimo hasta la tenacidad, heroico hasta el martirio, calculador y apóstol, cruzado y mercader, poeta y matemático, reunía todo el romántico carácter de la Edad Media como cualquier caballero de los consagrados á guardar el Santo Graal, con todas las aptitudes industriales y mercantiles de aquellos pilotos fenicios, los cuales tomaban la navegación por merodeo; arcángel bíblico de los enviados por Dios á sembrar ó esclarecer mundos, y lobo de mar propenso, cuando le hurgaban y le contradecían, al combate carnívoros de los peces; viva contradicción, cuyos términos opuestos aumentaban en mucho su nativa colosal grandeza. Sin esta complexión doble nunca hubiera podido concebir su plan y menos realizarlo. El desorden de su genio profético no empecía en su complexión las destrezas y habilidades que parecen reserva-